

**EL MONJE, PROFETA DE LA BÚSQUEDA Y DEL ENCUENTRO CON DIOS Y TESTIGO
DE LA NUEVA FRATERNIDAD EN CRISTO Y EN EL ESPÍRITU HOY,
EN AMÉRICA LATINA**

CONVERSATIO MORUM

Damos gradas a Dios quien, por su gran misericordia, nos ha llamado a la vida monástica y nos ha permitido reunimos en este Tercer Encuentro, a nosotros, monjes de Latinoamérica, para que reavivemos nuestra fe y nuestra esperanza en la perennidad de los valores benedictinos y en la necesidad de encarnarlos adecuadamente en nuestras vidas y en nuestra cultura continental, para beneficio de nuestro pueblo.

Por eso, rebosamos de alegría, aunque sea preciso que todavía, por algún tiempo, tengamos que sufrir diversas pruebas, a fin de que la calidad de nuestra vida monástica, más preciosa que el oro perecedero que es probado por el fuego, se convierta en motivo de alabanza, de gloria y de honor⁴⁴.

Esta vida monástica que, anticipadamente vivieron nuestros padres y maestros los Profetas de la Antigua y de la Nueva Alianza, como signo y testimonio de la interpelación y rechazo del Dios vivo al sector pecador de su pueblo y como palabra de consuelo⁴⁵ y anuncio de esperanza para el Resto de los que confiaron y esperaron la salvación por la intercesión del mismo Dios, el Señor quiere que la vivamos así, ahora, nosotros.

Ojalá que no sólo reflexionemos, tomemos decisiones y establezcamos proyectos, sino que todos nosotros estemos dispuestos a ejecutarlos, como compromiso personal nuestro, aun a costa de sacrificios⁴⁶.

1. MARCO DOCTRINAL

1.1. BIBLIA Y TRADICIÓN MONÁSTICA PREBENEDICTINA

El Señor Dios nos ha llamado como a Abrahán, para que, dejando patria, casa y familia, peregrinemos hacia la tierra de la promesa, para heredar la bendición y ser mediadores de esa misma bendición para un gran pueblo⁴⁷.

Como Moisés, después de haber conocido y experimentado la tiranía de todas clases en que viven nuestros semejantes, nos hemos retirado al desierto, para encontramos con Dios y luchar por liberamos a nosotros mismos y al pueblo de Dios de la esclavitud, de la tiranía y de la opresión⁴⁸ e interceder en su favor ante el acatamiento del Señor⁴⁹.

⁴⁴ Cf. *1 P* 1,3-9.

⁴⁵ *Is* 40,1.

⁴⁶ *Documentos de Medellín, Introducción a las Conclusiones*, 3.

⁴⁷ *Gn* 12,1-4.

⁴⁸ *Ex* 2,11-22; 3,1-12.

⁴⁹ *Dt* 5,23-31; 9,22-29.

Al igual que a los Profetas –Elías, Eliseo, las comunidades proféticas y los Profetas de todos los tiempos de la Antigua Alianza– Dios nos pide que, después de oír su llamada y su palabra, demos testimonio de su mensaje por medio de una vida sumergida totalmente en el Señor, e interpretemos para nuestros hermanos y para nosotros mismos los signos de los tiempos, es decir, nuestra realidad, a la luz del Dios vivo, de su palabra, y colaboremos eficazmente en la redención de la multitud, por la paciencia y el dolor, por la palabra, por el testimonio, por la vida.

Como a las comunidades proféticas y a todo el pueblo, a lo largo de la historia de salvación, el Señor nos pide que le busquemos con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas⁵⁰, y que no tengamos a otro Dios más que a El⁵¹; ni el poder⁵²; ni el dinero⁵³; ni el sexo⁵⁴; ni a nosotros mismos⁵⁵; ni a las cosas de la tierra⁵⁶. Que le busquemos a El mismo en el culto, en la obediencia y en nuestros hermanos. Claro que nuestro culto al Señor ha de ser en espíritu y en verdad⁵⁷; y no puede ser ritualista, formal, de labios y de ceremonias... Tampoco puede ser un culto que olvida al hermano o que esté disociado de una vida de justicia y de amor con los necesitados. Nuestra solidaridad con el oprimido, con el pecador, con el pobre es básica para que nuestra ofrenda espiritual sea aceptada a los ojos y oídos del Señor⁵⁸.

Principalmente, cuando llegó la plenitud de los tiempos, Jesús vino como mensajero del Padre, Palabra eterna. Profeta escatológico. Con sus obras y con su doctrina nos enseñó a tomar la entrega a Dios y a los hermanos con una radicalidad absoluta, imitando su obediencia hasta la muerte, a la voluntad del Padre, para la salvación del pueblo. Su persona y su evangelio de vida son la Regla y el ejemplo siempre actual para nosotros los monjes⁵⁹.

Pero Jesús, con su sangre y con su doctrina, reunió un pueblo nuevo, primero en Jerusalén, donde “la multitud de los creyentes no tenía sino un solo corazón y una sola alma. Nadie llamaba suyos a sus bienes, sino que todo lo tenían en común”⁶⁰. Después, su Iglesia se fue extendiendo por todo el mundo, para congregar en “la unidad” a todos los hijos de Dios que estaban dispersos.

Cuando, con el correr del tiempo, el fervor primitivo de la Iglesia fue decayendo, y su adaptación y mezcla con el mundo fue exagerada, surgió el monacato como grupo profético para vivir y testimoniar la radicalidad del compromiso cristiano y las exigencias del evangelio de Jesús. Monjes como Antonio y Pacomio de Egipto, Basilio y Gregorio, en Capadocia, Jerónimo, Evagrio, Casiano, Martín de Tours... fueron verdaderos testimonios proféticos para la Iglesia y para el mundo. Su palabra y su vida y sus comunidades fueron signos de las exigencias de Dios para su pueblo y para su Iglesia.

1.2. SAN BENITO Y SU REGLA

En la vivencia del carisma monástico brilla singularmente Benito de Nursia, padre y maestro de los monjes de Occidente, a lo largo de catorce siglos.

El fue llamado, y asumió y enseñó la opción total y definitiva por Dios y por Cristo⁶¹; la oposición al egoísmo, al poder opresor, mediante la obediencia al Señor, a la Regla, al abad⁶²; el vencimiento

⁵⁰ Dt 6,4-5; Mt 22,39-40; Mc 10,29-30; Lc 10,28; cf RB 58,7.

⁵¹ Ex 20,3.

⁵² Mt 20,25-27; Mc 10, 42-44; Lc 22,24-27.

⁵³ Mt 6,24.

⁵⁴ Mt 19,23-26; Mc 10,23-27; Lc 18,24-27.

⁵⁵ Mc 8,34.

⁵⁶ Ex 20,4.

⁵⁷ Jn 4,23.

⁵⁸ Is 1,10-20.

⁵⁹ RB 73,3.

⁶⁰ Hch 4,32.

⁶¹ RB 58,7; 72,11.

⁶² RB 2 y 64 y passim.

personal y colectivo de la avaricia y de la explotación económica por la desapropiación y por la pobreza⁶³; la entrega total al reino por el amor y la práctica de la castidad⁶⁴; el valor supremo de la nueva fraternidad en Cristo y en el espíritu por la vida comunitaria perfecta⁶⁵; la primacía de la oración como diálogo continuo con Dios en intercesión salvadora a favor de los hermanos que sufren⁶⁶; la necesidad de la purificación del corazón⁶⁷; el valor inestimable y perenne de la vida monástica como vivencia y conciencia continua en la Iglesia y en el mundo de la trascendencia y de la importancia de la oración en la venida del reino de Dios⁶⁸.

Esto es lo que Benito vivió, como monje y como abad, “porque el santo varón en modo alguno pudo enseñar otra cosa que lo que él mismo vivió”⁶⁹.

En su Regla, siguiendo la tradición de los grandes maestros del monacato, Benito define sabiamente la vida monástica cenobítica:

- como una familia de monjes, más o menos numerosa, no importa, que desea realmente vivir con sinceridad la fraternidad evangélica, como se define en *Hechos* 4,32-35, en *koinonía* perfecta; que busca de veras a Dios; que anhela la purificación siguiendo el camino monástico, ejercitando el arte espiritual y viviendo el arrepentimiento y el perdón de Dios y de los hermanos;
- comunidad que necesita –con necesidad de vida o muerte– desear y luchar por reproducirse, integrando responsablemente en la familia monástica a personas que reciben, siempre y en todas partes, el llamado del Espíritu a la vida monástica;
- la familia monástica no se concibe, ni puede vivir ni desarrollarse sin un padre y maestro que posea –de veras el Espíritu y que guíe a sus monjes en el camino hacia el Señor. También ha de ser un administrador sabio y prudente que distribuya a sus hermanos lo necesario para subsistir;
- como actividad primordial, lo sabemos, San Benito asigna el diálogo comunitario con el Señor, la obra de Dios, como fuente y cima de la oración continua y de toda la vida del monje;
- también se debe organizar con gran responsabilidad el trabajo, no como pasatiempo o simple entretenimiento, sino como medio de lograr la propia subsistencia y de aportar productos de diversa índole que ayuden a los necesitados: hambrientos, sedientos, enfermos, ignorantes, angustiados, cansados, desorientados, sin hogar, sin familia, sin afectos...
- pero siempre y en todo debe estar presente la preocupación y el esfuerzo por lograr la purificación del espíritu, mediante el ejercicio del arte espiritual, centrado primordialmente en la obediencia, en la humildad y en la soledad buscada como medio personalizante que facilite la convivencia comunitaria y el diálogo con Dios.

Para posibilitar y facilitar la vida monástica, san Benito propone la elección de lugares adecuados geográficamente, fuera de los poblados, en comunión con la naturaleza, así como un edificio conveniente y que existan todos los medios y útiles para el trabajo del monje⁷⁰.

Esto, si no es esencial, sí es condicionante. No olvidarlo. La herencia pasada o actual nos sitúa, a veces, ante alternativas difíciles y complejas, por diversas razones. Pero hay que optar, después de analizar y programar sabiamente.

⁶³ RB 33 y 34.

⁶⁴ RB 4,64.

⁶⁵ RB 1,13.

⁶⁶ RB 8,20

⁶⁷ RB 4-7.

⁶⁸ *Mt* 6,10; *Lc* 11,2.

⁶⁹ 2 Dial 36.

⁷⁰ Planificación: 2 Dial 22; muralla, cf RB 66,6; capilla. RB 52,1 comedor, 2 Dial 22; despensa, RB, 46,1; cocina de comunidad abad y huéspedes, RB 35,1 y 5; 46,1; dormitorio, RB 22,3; talleres, RB 46,1 y 66,6; molino, RB 66,6; panadería, RB 46,1; ropería, RB 58,27; zapatería, RB 55; portería, RB 66,2; noviciado, RB 58,5; enfermería, RB 36, 7; hospedería, RB 53,21; 58,4. Posesiones cercanas al monasterio. RB 7,63; 46,1; 66,6; tierras lejanas, RB 41,2 y 4; 48,7; 50,1; 2 Dial 32. Ubicación en despoblado, cf. 2 Dial *passim*.

1.3. LA TRADICIÓN

La tradición benedictina, larga de catorce siglos, aunque riquísima y variada se puede sintetizar en un solo aporte, con respecto a la Regla de san Benito: y es que los monjes asumen y organizan obras de caridad cristiana y humana, insertándose en el desarrollo de la sociedad y de la Iglesia: evangelización, educación científica y tecnológica, asesoramiento, etc.

Con esto, el monje, además de estar orientado hacia una búsqueda y un encuentro diario con Dios, se encarna activamente en la sociedad y en la iglesia local, y, a veces, es el guía y el responsable de la vida y del progreso del pueblo. Desde entonces⁷¹ existe en el monacato occidental (benedictino) una doble manera de estar insertados en la sociedad o en la iglesia: por la oración y por el testimonio monástico, o, además, añadiendo obras caritativas organizadas en favor del medio en que se hallan los monasterios. Comienza un pluralismo monástico que, resumido en el siglo XIX en la época del renacimiento del benedictinismo moderno, se continúa hasta nuestros días⁷².

No ha sido, sin embargo, el pluralismo monástico, pasado o contemporáneo, el que ha impedido o dificultado el testimonio profético de los monjes. Pues, a lo largo de catorce siglos, el monacato benedictino ha tenido épocas, lugares, personas y comunidades –pensemos en el Císter o en Bernardo de Claraval– que han vivido su carisma con integridad y radicalidad, y, de esta manera, han sido como la voz profética que, con la palabra y el testimonio han conmovido a la Iglesia y a la sociedad, como lo pudieron hacer antiguamente Elías, Amós, o Isaías. Claro que también, por desgracia, en otros momentos de la historia, una exagerada adaptación al mundo y a sus costumbres, han hecho de los monjes benedictinos una especie de contratestimonio. Acordémonos del final de la Edad Media europea, o de casos más concretos de comunidades y personas. Como sucedió con los hijos de Elí, “en aquellos días era rara la palabra de Yahveh, y no eran frecuentes las visiones”⁷³. La voz profética de los monjes, en estas situaciones, no se oyó tampoco ni en el cielo ni en la tierra.

Ahora, la voz del Señor, su llamada urgente, se dirige a nosotros monjes de Latinoamérica. En este hoy y en este aquí. Nos compromete para que, sumergidos en Dios, demos testimonio valiente de compromiso radical con El, único Señor, y con su pueblo a quien hemos de comunicar su palabra y liberar de sus múltiples esclavitudes, sin olvidar nuestra propia purificación personal.

2. REALIDAD LATINOAMERICANA

Aunque parezca, en algunos casos, moda o demagogia hablar de ciertos aspectos, aparentemente tópicos ya, de América Latina, creemos que es indispensable recordarlos, tomar conciencia profunda de ellos e, incluso, ponerlos como base de nuestra reflexión y hasta de nuestra encarnación monástica en el hoy y en el aquí.

2.1. VALORES Y CONTRA VALORES ETNICOCULTURALES

Damos por supuesto que todos nosotros creemos en la validez de la afirmación de que, a pesar de las diferencias de todo tipo, América Latina forma una gran unidad, tanto en sus elementos característicos, como en sus proyectos y esperanzas, en sus problemas y en sus angustias⁷⁴.

⁷¹ MATTOSSO, José, OSB, *La espiritualidad monástica durante la Edad Media*, en *Historia de la Espiritualidad*, I, Ed. Juan Flors, Barcelona, 1969, pp. 846 y 862-863.

⁷² PC 9.

⁷³ I S 3,1.

⁷⁴ Cf II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, *Iglesia y Liberación humana*, Los Documentos de Medellín, Documento Base, Ed Nova Terra, Barcelona, 1969, pp. 301-326.

Aunque con cierto temor de generalizar excesivamente, enumeramos algunos de los elementos que juzgamos que configuran al hombre latinoamericano:

- sentido de lo comunitario o necesidad de comunión: vivir-orar-estudiar-trabajar-etc. juntos;
- solidaridad o rápida conexión con el semejante y con sus situaciones;
- hospitalidad: apertura fácil y cálida al visitante, al necesitado;
- generosidad o facilidad para compartir corazón, tiempo, todo;
- necesidad de amistad o inclinación profunda de dar y recibir amor, dentro y fuera de la comunidad de vida;
- emotividad afectiva o expresión viva y múltiple del amor;
- actitud juvenil, de entusiasmo, de esperanza, de entrega alegre;
- sentido de la fiesta, como expresión del sentido comunitario del gozo;
- sencillez económica, aceptación de la pobreza y falta de apego al ahorro o avaricia;
- desprendimiento, generosidad en el compartir;
- expresividad concreta, material en todas las manifestaciones vitales;
- docilidad ante el que guía, facilidad para la consulta y para la dependencia paterna-materna;
- religiosidad o fe profunda en la providencia divina y en la intercesión sobrenatural.

Tal vez, por desequilibrio, se den, en algunos casos, algunos contravalores:

- cierta falta de identidad y de seguridad personal;
- falta de capacidad para tomar decisiones;
- hipersensibilidad, que sufre extremadamente ante el rechazo;
- fuertes alternativas psicológicas;
- desconfianza y hermetismo psicológico;
- sobreexaltación de lo peculiar, o, por el contrario, mimetismo;
- inquietud: la búsqueda como sistema;
- improvisación-precipitación-soluciones de emergencia, por falta de planeación.

El hombre latinoamericano –no nos referimos a los emigrados– tiene su imagen histórica, cultural, psicológica, religiosa peculiar. Esto no quiere decir que lo característico sea tan determinante que nos fuerce a hablar de un hombre cuasi específicamente distinto del de otras áreas o culturas; sino que, abierto y coincidente con el hombre universal y con el occidental, es menester tener muy en cuenta lo que es peculiar de él a la hora de encarnar en Latinoamérica valores procedentes de otros medios. Por lo demás, esta es la voluntad de la Iglesia⁷⁵.

2.2. LA SECULARIZACIÓN

Juntamente con los humanismos modernos, manchados por doquier de materialismo, donde Dios es desplazado de todos los ambientes de la vida del hombre de hoy, sobre todo en las ciudades, coexiste en Latinoamérica una supervivencia notable de la religiosidad, tradicional o renovada⁷⁶.

Nuestro objetivo monástico fundamental de búsqueda de Dios⁷⁷ es una denuncia profética para los que prescinden o se olvidan de Dios y un apoyo solidario para los humildes que confían en el Señor. ¿Es nuestro testimonio suficientemente fuerte y claro para los unos y para los otros?

2.3. LA AUTORIDAD EJERCIDA COMO OPRESIÓN

Al olvidamos o desconocer a Dios, como fuente de todo poder, hemos caído en la tiranía autoritaria a distintos niveles: político, económico, cultural, social, familiar.

⁷⁵ AG 22.

⁷⁶ Cf obra citada, II Conferencia... pp. 314-326.

⁷⁷ RB 58,7.

Aunque, por desgracia, esta manera de ejercer la autoridad o el poder como dominio opresor y como explotación del hombre por el hombre es de todos los tiempos y de todos los lugares⁷⁸, es opinión general de propios y de extraños que en América Latina éste es uno de los signos negativos de nuestro tiempo.

¿Se ejerce, efectivamente, en nuestras comunidades la autoridad como servicio a los hermanos? ¿Se es consciente de que esta manera de gobernar, además de ser una exigencia cristiana, coincide con el temperamento latinoamericano, dócil al liderazgo por el amor y reacio totalmente al autoritarismo déspota? ¿Se acepta responsablemente, en la comunidad, esta forma evangélica de ejercer la autoridad por el que dirige? ¿Estamos solidarizados, en la mente y en la realidad, con los oprimidos?

2.4. SITUACIÓN DE INJUSTICIA

Por olvidamos de Dios y por manipular al semejante, no tenemos reparo en desposeerle de lo necesario que en justicia le corresponde. Por eso, otra decisión que reclama urgentemente la realidad latinoamericana y nuestro compromiso evangélico, eclesial y monástico es una vivencia auténtica y real de la sencillez, de la austeridad, de la pobreza libre y liberadora.

En un mundo en que el dios *Mammón* es idolátricamente adorado y en que las estructuras socioeconómicas están montadas para mantener la injusticia, y en que, por lo mismo, las desigualdades son extremas, donde un porcentaje escandalosamente mayoritario carece de lo más elemental y necesario, se impone inevitablemente el producir y el compartir, y el unirse, hasta geográficamente, con los desposeídos.

Es cierto que la prudencia es una virtud reguladora, querida por san Benito para sus monjes⁷⁹, pero podríamos preguntarnos si, en muchos casos, no buscamos nosotros mismos un refinamiento en nuestra promoción cultural, exigiendo más y más a nuestros responsables; si no falta iniciativa y responsabilidad en nuestro trabajo; si no hay contraste inadmisiblemente entre nuestro medio material monástico y el medio seglar que nos rodea; si no hay egoísmos, preferencias, y falta entre nosotros una auténtica igualdad de oportunidades para todos los miembros del monasterio, según sus dones; si, en otras ocasiones, no existe, por el contrario, una sobrevaloración del trabajo o una sobreocupación y una disminución de aprecio teórico o práctico de la oración como medio principal de la venida del reino de Dios a los pobres y como primera realización del monje...

2.5. EL EROTISMO A TODOS LOS NIVELES

Nuestro mundo, olvidado de Dios, opresor y oprimido, injusto, también se halla contaminado, casi hasta la autodestrucción, por el abuso del sexo; la familia mal iniciada por el amor libre o deshecha por la infidelidad, por las separaciones o por el hedonismo intramatrimonial; la calle, los medios de comunicación o de diversión, explotados con fines comerciales o ideológicos por empresas o campañas que van en contra de un uso racional del sexo. Y esto, en mayor o menor grado, a todos los niveles: urbano, campesino, etc.

Ante esta situación, la virginidad por amor a Cristo y a todos los hermanos y como testimonio de los valores supremos del Reino, y como invitación a todos a vivir en una castidad posible y conveniente, es una denuncia y un mensaje profético de importancia incalculable.

Pero podemos cuestionarnos: ¿en nuestras comunidades, nos hemos liberado ya de considerar la castidad como un tabú del que no se puede hablar ni informar adecuadamente, educando sanamente y

⁷⁸ Mt 20,25-27; Mc 10,42-44; Lc 22,24-27.

⁷⁹ RB 64,12 y 19.

con discernimiento, para vivirla en libertad generosa y madura? Aunque el matrimonio es una institución divina primordial, ¿nos hemos dejado influenciar por cierta espiritualidad que lo sobrevalora, menospreciando la castidad? ¿Nos han perturbado o llevado al indiferentismo las modernas discusiones acerca del celibato? ¿Nos ha faltado madurez para juzgar las deserciones de hermanos nuestros que han preferido –a veces precipitadamente– el matrimonio a la vida consagrada?

Tal vez, todos necesitamos reafirmar con valentía nuestra opción vital y definitiva por Cristo y por el Reino. Hemos de revisar, acaso, la educación de la castidad que se imparte en nuestros noviciados y comunidades. Sobre todo, se ha de promover una integración amistosa y afectiva entre los miembros todos de nuestras comunidades, y propiciar las manifestaciones sanas⁸⁰ de amor humano. Y se procurará fomentar una oración y vigilancia adecuadas para no caer en la tentación⁸¹.

3. REALIDAD MONÁSTICA LATINOAMERICANA

Aunque un análisis pormenorizado de la realidad monástica latinoamericana, en múltiples y variados aspectos, sería sumamente útil para fundamentar afirmaciones y basar proyectos, sin embargo, rebasa nuestro cometido. Solo destacamos unas pocas constataciones.

3.1. DESEO DE VIVIR EL CARISMA MONÁSTICO AQUÍ Y AHORA

A pesar de la falta de vocaciones que se acusa en algunas comunidades, y aunque también en medios monásticos existen deserciones, sin embargo, hay en América Latina deseo de vivir la vida monástica, en sus diferentes modalidades.

Ciertamente que esto se debe al Espíritu que irradia su luz sobre nosotros y sobre nuestro pueblo⁸², y también a la perennidad de los valores benedictinos, al atractivo humano-cristiano que ejercen y a su paralelismo con algunos valores étnicos y culturales y sociales de Latinoamérica, como su religiosidad⁸³; su anhelo de vida comunitaria fraterna y amistosa⁸⁴; su vida sencilla en la humildad, en la pobreza, en el trabajo⁸⁵; la aceptación fácil de un líder.⁸⁶

Por lo demás, nuestras autoridades eclesíásticas ven como necesaria la presencia de los monjes en nuestro medio⁸⁷.

Pero hemos de vivir y presentar la vida monástica en el contexto histórico y actual de la transformación y de la presencia de la Iglesia en los pueblos de América Latina. Es decir, nuestro deseo de vivir y de que se siga viviendo el carisma benedictino hoy en América Latina ha de encaramarse en lo que el Espíritu y el pueblo nos piden. A saber, hemos de poner de relieve en nuestra vida y en nuestro testimonio aquellos valores monásticos que coinciden con los criterios o complementan las necesidades populares y eclesiales latinoamericanas, para que así los jóvenes llamados se sientan en continuidad con lo bueno que practicaban de seglares y completen o encuentren en nuestros monasterios los anhelos de lo que echaban de menos en el mundo; y así todos nos sintamos útiles para el pueblo que nos rodea.

Tendremos que cuestionarnos si no nos hemos asimilado exageradamente a los demás religiosos, y hemos perdido nuestra identidad monástica; si no hay en nuestras vidas, comunidades, obras... un

⁸⁰ RB 72,8; PC 12.

⁸¹ Mt 26,41.

⁸² Cf. RB Prólogo, 14-20.

⁸³ RB 58,7.

⁸⁴ RB 1,13.

⁸⁵ RB 7,33-34. 48.

⁸⁶ RB 2 y 63, *passim*.

⁸⁷ PC 9 y Documentos de Medellín, Religiosos, 5.

aburguesamiento que ofende a nuestros candidatos y a nuestro medio; si no hemos optado suficientemente por el pobre⁸⁸; y, en consecuencia, deberemos concientizarnos y hacer nuestra decisión de optar por una renovación de nuestro carisma en la línea de las exigencias actuales de nuestro Continente, de nuestra Iglesia, de nuestro medio. Bien conscientes, en todo esto, de que debemos ser un pueblo, una Iglesia, un monacato abierto a toda la humanidad, a la Iglesia universal y al monacato de todos los tiempos y lugares.

3.2. DIALÉCTICA PLURALISMO - UNIÓN

Como en la Confederación monástica mundial, también en Latinoamérica se advierte un gran pluralismo. Pluralismo que es sano en cuanto tiende y vive la unidad orgánica del carisma monástico, enfatizando algún aspecto peculiar, y llevando a cabo una diferente inserción en la iglesia local.

Pero en el pasado y no sabemos hasta qué punto en la actualidad, se ha vivido el pluralismo monástico, en algunas ocasiones, con acomplejamientos, con comparaciones molestas, con críticas negativas, sin tener suficientemente en cuenta tanto la secular tradición benedictina, como el origen inmediato o las circunstancias de la vida de cada comunidad y la riqueza del carisma monástico.

Demos gracias a Dios que cada vez maduramos más y aceptamos con mayor alegría esta realidad monástica: la unión en el pluralismo. Mas no bastaría la aceptación y el aprecio mutuos. La caridad cristiana nos impulsa a la colaboración, al conocimiento, a la admiración, aún de lo que nos diferencia⁸⁹.

Por otra parte, entre nosotros como en todos los niveles de América Latina -político, económico, social, cultural, religioso, teológico, pastoral- se advierte una unión notable que se manifiesta en la gran alegría y corriente de simpatía que producen, por ejemplo, los Encuentros a nivel continental o a nivel Federaciones –Cono Sur, Cimbra, Abeca– o a nivel comunidades o monjes visitantes.

3.3. COMUNIDADES PEQUEÑAS Y EN CRISIS, CON PORVENIR INCIERTO

En diferentes ocasiones y por motivos diversos, pero, sobre todo, a raíz del llamado de Juan XXIII, en 1960, para el establecimiento de comunidades religiosas en América Latina, se fundaron bastantes casas monásticas en distintas naciones.

Muchas de estas casas no han prosperado, o porque no venían los miembros fundadores con objetivos claros, o porque el monasterio de origen las ha dejado prácticamente solas, o porque la adaptación general postconciliar ha creado situaciones nuevas y negativas en la abadía fundadora o en el medio en que se implantaron.

En conclusión, varias de estas casas se hallan actualmente en una situación crítica y sin futuro claro y con pocas esperanzas.

Probablemente, cada caso requiera un estudio y una solución particular. Pero, como pistas generales para lograr una salvación, sugerimos:

- un llamado y un análisis valiente de la realidad y una planeación conjunta entre el monasterio fundador y la pequeña comunidad que vive en tierras latinoamericanas, para lograr una posible rectificación o cooperación;
- una fusión prudente y gradual entre comunidades afines por el origen o por la proximidad geográfica, en los casos en que sea recomendable⁹⁰;

⁸⁸ Lc 4,22.

⁸⁹ Cf. Rm 12,3-13.

⁹⁰ PC 21.

- una solidaridad sincera y eficaz por parte de los monasterios de América Latina que se hallan en capacidad de ayudar o apadrinar a comunidades que se encuentran en estado de crisis;
- una gran esperanza y esfuerzo de las mismas comunidades pequeñas para tratar de sobrevivir y desarrollarse por sus propios medios, jerarquizando obras y dando prioridad a la formación de vocaciones del lugar, acordándose de que el mandamiento de Yahveh “sean fecundos y multiplíquense”⁹¹ es fundamental para sobrevivir.

3.4. ESFUERZOS DE ENCARNACIÓN E INTEGRACIÓN

En algunas áreas y comunidades monásticas de Latinoamérica los miembros son ya, en algunos casos hasta por larga tradición, de origen nacional.

En cambio, en otros casos los fundadores son originarios de otras culturas –Europa, Norteamérica, Canadá– y se hallan en la etapa de integración de los monjes fundadores con las vocaciones del lugar.

Finalmente, hay comunidades en que los monjes o hermanas son aún íntegramente de fuera de Latinoamérica.

Ciertamente, que el encuentro de culturas diferentes es, de por sí, enriquecedor, como lo comprueba en muchos casos la historia de las civilizaciones y la misma historia de la Iglesia, si la convivencia se realiza en la caridad cristiana y en un gran esfuerzo y tendencia hacia la encarnación en todo lo local.

Pero también puede haber dificultades de integración mutua, o por criterios inexactos de inteligencia recíproca, o porque se pudiera establecer entre las dos partes una simple yuxtaposición, sin unión, o, incluso, en casos extremos, una incompatibilidad de convivencia por falta de comprensión de los unos o de los otros.

Como criterios generales, aceptados tanto por el mundo moderno como por la autoridad de la Iglesia, nos parece conveniente señalar:

- la ley de encarnación, tan rica y tan variada, pide a los que vienen de fuera, un gran esfuerzo y un gran amor para asumir, asimilar, respetar la cultura, las costumbres, las características del lugar, y tener fe en que la voluntad salvadora del Señor llama a nuevos miembros del lugar a esta familia incipiente, procurar educarlos adecuadamente, e irlos preparando para asumir responsabilidades y la dirección de la comunidad.
- la caridad cristiana pide a los del lugar que agradezcan y aprecien el esfuerzo que han hecho los monjes de fuera, al dejar, como Abrahán, patria, familia, lengua, costumbres, comunidad ya formada, para emprender la maravillosa aventura de dilatar la vida monástica, encarnando los valores de la misma en Latinoamérica.

En las naciones en que existan grupos indígenas, con su lengua, sus costumbres, su civilización, sus valores étnicos, y sus necesidades propias, las comunidades monásticas de habla española conviene que vayan pensando en fundaciones en esos medios, asumiendo y respetando su cultura y todas sus características y encarnando ahí los valores de la vida monástica.

4. LINEAMIENTOS GENERALES DE UNA COMUNIDAD MONÁSTICA EN AMÉRICA LATINA

⁹¹ Gn 1,28; cf. Hch 18,9-11; RB 58.

Aceptamos el pluralismo como un hecho, no sólo irreversible en las presentes circunstancias, sino querido por el Señor y necesario para la realización personal, actual y futura, de muchos llamados a vivir el carisma monástico en nuestro medio: comunidades de mujeres y hombres; comunidades benedictinas y cistercienses o de otras denominaciones monásticas; comunidades íntegramente contemplativas y comunidades con obras apostólicas organizadas; comunidades más complejas y comunidades de vida más simple... Y, esperamos, en el futuro, creaciones monásticas de signo totalmente latinoamericano, en sectores indígenas.

El carisma monástico, como todos los dones del Espíritu, es excesivamente rico como para encerrarlo en formas rígidas o uniformes.

Sin embargo, el pluralismo no debe conducir a un relativismo que deteriore o destruya el carisma específicamente monástico. San Benito define con riqueza y precisión la clase de monacato que prefiere y para el que legisla.

Eso no obstante, vamos a tratar de proponer algunos rasgos fundamentales de lo que, creemos, es conveniente que exista en las comunidades monásticas actuales o futuras de Latinoamérica:

1. enfatización de lo comunitario, aspecto que coincide con la idiosincracia familiar y social de Latinoamérica y del hombre moderno y, por lo demás, lo supone la Regla Benedictina. Naturalmente sin desprestigiar o perder el elemento dialéctico de soledad y silencio, que necesitará una dosificación adecuada al temperamento latinoamericano.
2. vigencia conveniente de la amistad en las relaciones monásticas intracomunitarias y externas a la comunidad, como medio de realización de la gran afectividad latinoamericana, que puede enriquecer tanto la vida comunitaria como las actividades o trato del monje con los huéspedes o personas que se relacionan con él o con toda la comunidad.
3. actitud y práctica de la igualdad humana y cristiana, sin demasiada acentuación de las diferencias –por edad, cultura, responsabilidad–, característica también, buscada por los jóvenes de ahora;
4. actitud juvenil y esperanzada, ya que América Latina vive una etapa de autoafirmación y de transformación y de esfuerzo de superación en todos los órdenes, lo que supone y exige situarse en un ambiente de generosidad, entrega y entusiasmo.
5. sentido sobresaliente de la fiesta, como expresión y cultivo de la actitud juvenil y como necesidad compensadora del esfuerzo diario, semanal o periódico. Se trataría de una versión monástica de lo que viven los pueblos latinoamericanos en sus fiestas religiosas y familiares.
6. aceptación amistosa del huésped o visitante como hermano, dentro de la comunidad, con responsabilidad y procurando no perturbar sino integrar adecuadamente a nuestros huéspedes, visitantes o amigos.
7. ejercicio adecuado e intenso del liderazgo espiritual, como lo presenta también la Regla de San Benito, o sea, el responsable como un auténtico padre o madre espiritual, un maestro que oye, consuela y dirige; una persona central en la vida comunitaria; sin caer en un paternalismo anticuado o en un señorialismo feudal; enfatizando y propiciando las relaciones frecuentes y profundas entre el responsable y los hermanos, evitando acepción de personas.
8. ocupación o trabajo muy bien organizado y dirigido; el trabajo intelectual, cuando sea posible y conveniente, pero, sobre todo, el trabajo artesanal, hecho con gran responsabilidad de colaboración al bienestar del pueblo y realización personal en él, con las necesarias y adecuadas compensaciones, o el trabajo educativo o pastoral, en otros casos.

9. necesidad de cambio, sin perjuicio de la fidelidad o estabilidad monástica, siendo fieles a una comunidad de hermanos y al lugar en que habita la familia monástica. Cambio que compensa, que enriquece, que impide la monotonía enervante o el cansancio que estorba la alegría del vivir y del actuar.

10. sencillez de vida en lo material: en economía, en posesiones, en edificios, en vestido, en comida...; con gran esperanza en la providencia, pero sin conformismos perezosos; buscando una pobreza que sea posesión común de todo, vida austera, alegría en el compartir todo, adaptación al medio; sin excesiva organización o complicación administrativa, viviendo en la provisionalidad y en la confianza en el Señor.

11. valorar, pero no excesivamente, la disciplina, la rigidez de las normas y de las estructuras; y todo esto, no sólo para fomentar la madurez, sino también para no ahogar la idiosincracia latinoamericana dócil a la hermandad, a la convivencia espontánea, pero alérgica a la imposición autoritaria, aunque sea legal.

12. aceptación adecuada de la religiosidad en la vida comunitaria de oración, fomentando una simbiosis de lo popular con lo litúrgicamente establecido, todo con gran sentido de la creatividad y de la oportunidad.

De esta manera, creemos, que el monacato latinoamericano se encarna y participa en la etapa de autoafirmación que viven los pueblos del Continente, aunque teniendo, como es natural, como punto necesario de apoyo la Regla de san Benito y la tradición monástica prebenedictina y posterior a san Benito.

5. CONCLUSIÓN

Sabemos todos que el monacato, en su historia, se ha adaptado y configurado de acuerdo con las diversas áreas y culturas: por eso hablamos de monacato oriental y occidental; monacato egipcio, sirio, palestino, mesopotámico, asiático, bizantino, celta, provenzal... monacato, antiguo, medieval, moderno.

Somos conscientes, también, de que en esta línea evolutiva y de adaptación san Benito ocupa un lugar destacado.

Nuestra fidelidad a los valores monásticos perennes y a nuestros pueblos y a nuestro tiempo nos pide este doble esfuerzo: respeto al pasado, a la tradición, y sabia y audaz adaptación al momento y al lugar en que vivimos.

*Monasterio del Tepeyac
México*

La Comisión de Profundización de la Unión Benedictina Mexicana
México, Distrito Federal, a 26 de abril de 1978